

»ó de un bote de lanza ó de saeta,
 »por mano de los Teucros, cuya furia
 »es cada vez mayor. Mas tú me salva
 »llevándome á las naos, y esta flecha
 »saca del muslo y la cuajada sangre
 »lava con agua tibia, y los remedios
 »me aplica poderosos que aprendiste,
 »segun dicen, del hijo de Peleo,
 »y á él enseñó Quiron, que fué de todos
 »los famosos Centauros el más justo.
 »Porque de los dos hijos de Esculapio,
 »Macaon y Podalirio, de la hueste
 »médicos ambos, en su tienda yace
 »el primero, tambien por una flecha
 »herido, y necesita que le cure
 »otro médico sabio; y el segundo
 »áun está combatiendo en la llanura.»

Y de Menetio el hijo valeroso
 le respondió: «¿Qué haremos? ¿Cómo puedo

»aquí yo detenerme? Voy ahora
 »á Aquiles á decir lo que responde
 »Néstor, el númen tutelar de Grecia.
 »Mas, áun así, entregado á los dolores
 »no aquí te dejaré sin socorrerte.»

Así dijo, y asiéndole del brazo
 le llevó al pabellon. El escudero
 cuando los vió llegar, tendió por tierra
 blandas pieles de buey, y reclinado
 en ellas el herido, con su daga
 Patroclo le sacó la aguda flecha
 del muslo y le lavó la renegrada
 sangre con agua tibia. Y por su mano
 dividiéndola en trozos, una amarga
 raiz que le calmara los dolores
 al muslo le aplicó. Pronto la yerba
 cerró la herida y restañó la sangre,
 y así cesaron los dolores todos.

LIBRO DUODÉCIMO

ARGUMENTO

*Descienden los troyanos de sus carros,
 y traspasan el foso muy bizarros.
 Llegan todos pugnando á la muralla,
 y hay en el campo una cruel batalla.
 Rompe las puertas Héctor animoso,
 y entra en él con sus tropas presuroso.*



EN tanto que de Eurípilo la herida,
 dentro la tienda, el hijo de Menetio
 así curaba, Griegos y Troyanos,
 confundidas las haces, la pelea
 seguian, y ni el foso y ancho muro
 con que su campamento los Aquivos
 rodearan, el ímpetu debía
 ya contener de la troyana hueste
 Hiciéronle los Griegos, á los Dioses
 sin ofrecer solemne sacrificio,
 para que los navíos defendiera
 y los muchos despojos que encerraban;
 y hecho así de los Dioses inmortales
 contra la voluntad, de largo tiempo
 no fué su duracion. Miétras vivia
 Héctor y del agravio recibido
 Aquiles se vengaba, y por el fuego
 la ciudad del Rey Príamo no fuera
 á polvo reducida, la muralla
 de los Griegos duró. Cuando murieron
 los más valientes ya de los Troyanos,
 y de los mismos Griegos muchos héroes
 perecieron, salvándose otros muchos,
 y á los diez años de ostinado sitio,
 fué la ciudad de Príamo asolada

y los Griegos volvieron en las naves
 á su tierra natal; Neptuno entónces
 y Apolo la manera concertaron
 de arruinar la muralla, conduciendo
 contra ellas, reunidas en torrente,
 las aguas de los rios caudalosos
 que corren á la mar desde las sierras
 de los montes Ideos: el Granico,
 y el Reso, y el Heptáporo y el Rodio,
 y el cenagoso Esepo, y el Careso,
 y el plácido Escamandro y el profundo
 Simois, que entre sus aguas cristalinas
 arrastró con la arena las adargas,
 y yelmos, y cadáveres de muchos
 Semidioses. De todas las corrientes
 apartó del camino acostumbrado
 Apolo, y nueve dias contra el muro
 en hinchado torrente las llevaba,
 y en tanto Jove sin cesar llovía,
 porque más pronto el muro se arruinase.
 Y empuñando Neptuno su tridente,
 caminaba delante de los rios,
 y con las muchas aguas los cimientos
 de troncos y de piedras, que los Dánaos
 con gran trabajo echaron, arrancaba,

y el terreno allanó que se extendía á la márgen del rápido Helesponto. Y de nuevo la playa espaciosa, el muro destruido, con arena mucha cubriendo, encaminó los ríos al conocido cauce en que solían ántes correr sus transparentes aguas.

Esto Apolo y Neptuno en la futura edad hacer debían; pero entónces se encendió la pelea y resonaba el bélico clamor en torno al muro, y los fuertes maderos de las torres al golpe de los dardos recrujían. Y los Griegos, por Jove castigados con duro azote, al cerco de las naves tímidos se acogieron, y no osaban fuera salir ni pelear ardidos con Héctor, que animoso acometía, á negro torbellino semejante.

Cual jabalí ó león que de sabuesos rodeado y robustos cazadores á todas partes los terribles ojos vuelve, y ellos unidos y formados en espeso escuadrón firmes le esperan, y densa nube de aceradas picas siempre sobre él derraman, y el valiente corazón de la fiera no se turba ni acobarda, y su propia valentía es causa de su muerte, y de continuo en torno revolviéndose, á la espesa fila de cazadores acomete, y por aquella parte precavidos ellos cediendo, su fiereza burlan; así Héctor impaciente á todos lados se revolvió, y á pasar el foso animaba á su gente. Los bridones por encima á saltar no se atrevían; y á la márgen del hoyo detenidos ufanos relinchaban, más la anchura los aterraba del profundo foso; que no de un salto atravesarle fácil era, y ménos pasarle descendiendo á la profundidad. Por ambos lados escarpados había precipicios, y de agudas estacas defendidas las márgenes estaban que los Griegos clavado habían, apiñadas, grandes, porque del enemigo defendiesen el campamento, é imposible fuera que bajasen bridones conduciendo

al mismo tiempo los volubles carros. Y miéntras por pasar el ancho foso impacientes estaban los peones, á Héctor Polidamente así decía:

«¡Héctor, y los demás esclarecidos
»jefes de los Troyanos y auxiliares!
»Neciamente queremos con los carros
»por el foso pasar, que coronadas
»con agudas estacas sus orillas
»están, y atravesarle es muy difícil.
»Y más allá de la estacada el muro
»está de los Aquivos, y en los carros
»ni podemos bajar al ancho foso,
»ni luego pelear. Angosta senda
»hay despues entre el foso y la muralla,
»y todos allí muertos quedarían.
»Si en su cólera Júpiter tonante
»ha resuelto acabar con los Aquivos
»y ser el auxiliar de los Troyanos,
»yo el primero quisiera que cumpliese
»pronto su voluntad, y que los Griegos
»aquí, sin gloria, ausentes de su patria,
»murieran. Mas si vuelven al combate
»y léjos nos rechazan de sus tiendas,
»y revueltos los carros y peones,
»en el profundo foso atropellados
»todos caemos, desde allí ninguno
»de nosotros á Troya volvería,
»ni áun á llevar la nueva, porque á manos
»de los Aquivos, que á la lid entónces
»tornarían valientes, en el foso
»pereciéramos todos. Mi dictámen
»seguid, pues, si os agrada. Con los carros
»permanezcan aquí los escuderos,
»del foso no distantes, y con armas
»en buena formación sigamos todos
»á Héctor, á pié y en escuadrón cerrado,
»y resistir los Griegos al embate
»no podrán, si es verdad que de la muerte
»el momento fatal les amenaza.»

Dijo Polidamante, y su consejo á Héctor de todos pareció el más útil, y sin quitarse la armadura, en tierra desde el carro saltó. Cuando le vieron los Troyanos á pié, sobre los suyos no ya permanecieron, y en la arena saltado habiendo con ligera planta, á sus fieles aurigas encargaron que á la márgen del foso los bridones en línea colocaran. Dividida

le cubría de la negra Parca.

Del muro, pues, á la siniestra parte se encaminó, que por allí los Griegos del combate volvían con los carros. Y al llegar con el suyo á la muralla, no halló echadas las llaves á las puertas ni el enorme cerrojo; que los Dánaos de par en par abiertas las tenían porque pudiese entrar cualquier guerrero, y en las naves salvarse, que del campo viniera fugitivo. Sus bridones lleno de vanas esperanzas, Asio guió, pues, á una puerta y le seguían con alegre algazara sus falanges, creyendo que el combate los Aquivos sostener no pudiendo, á sus bajeles se acogerían en cobarde fuga.

¡Engañosa ilusión! porque en la puerta hallaron dos valientes campeones hijos de los Lapitas belicosos: uno era el esforzado Polipétes, de Píritoo nacido, y el segundo el bravo Leonteo, que á Mavorte en valor igualaba. Los Lapitas delante estaban de las altas puertas, como están en los montes las frondosas encinas corpulentas, que apoyadas en sus gruesas raíces extendidas desafían al viento y á la lluvia siglos enteros. Con igual firmeza los dos, en su pujanza y valentía y robustez fiados, esperaban de Asio la acometida, ni á la fuga se entregaban cobardes. La cohorte de los Troyanos hacía el ancho muro, alzados los broqueles, caminaba con algazara inmensa, y á su frente Asio venía, el adalid supremo, y Adamante, su hijo; y Enomao, y Yámeno y Oréstes le seguían, y Toon. Leonteo y Polipétes, que dentro de las puertas aún estaban á todos los Aquivos animando á defender las naves, cuando vieron que los Troyanos á forzar la puerta venían presurosos y que al muro en desórden huían los Aqueos, arrojándose entónces animosos fuera de la muralla, combatían á fieros jabalíes semejantes

luego la hueste por hileras toda en cinco batallones, al combate marcharon á la voz de sus caudillos. El primer escuadrón más numeroso era que los demás, y le formaban los más ardidos, que romper el muro fogosos deseaban y en las naves combatir de los Griegos. Héctor era su primer adalid, segundo el fuerte Polidamante, y Cebrion tercero; porque Héctor á cuidar de sus bridones otro auriga dejó ménos valiente que Cebrion. Mandaban el segundo Páris, Alcatóo y el animoso Agenor. El tercero era regido por Heleno, Deifobo, que á los Dioses en belleza igualaba, y el heróico Asio de Hirtacio. El cuarto obedecía á Enéas, hijo del anciano Anquises; pero junto con él le acaudillaban de Antenor los dos hijos, Acamante y Arquíloco, aguerridos campeones en toda suerte de armas y peleas. La última escuadra Sarpedon regía, compuesta de escogidos auxiliares; mas él tomó por compañero á Glauco y al fuerte campeón Asteropeo, porque despues de sí los más valientes le perecieron de la escuadra suya; que él en valor á todos excedía. Formada ya la hueste, caminaron animosos los Teucros defendidos de sus fuertes escudos, y esperaban que á sostener el choque los Aqueos no serían osados, y en las naves á guarecerse todos correrían.

Los caudillos Troyanos y los jefes de las escuadras auxiliares todos, dóciles escucharon el consejo del venerado augur Polidamante, y sólo Asio no quiso los bridones entregados dejar á su escudero, y en el carro subido, hacía las naos dirigió los tostados alazanes. ¡Necio! no preveía que la muerte se le acercaba, y que á la excelsa Troya triunfante con su carro y sus trotones ya más no tornaría, y que pasado por la pica del claro Idomeneo, hijo de Deucalion, el velo triste

que de los cazadores y los perros
la acometida aguardan en el monte,
y en torcida carrera atravesando
el espeso jaral que los oculta,
tronzan las jaras que á su paso encuentran,
y las arrancan de raíz, y crujen
en horrisono ruido los colmillos,
hasta que un cazador con su venablo
los mata. Así sobre el robusto pecho
de los dos combatientes resonaba
el sonoro bronce, sacudido
por los botes de lanza y por las flechas
que recibían sin cesar. Y firmes
el choque sostenían, confiados
en la gente que el muro coronaba
y en su propio valor; que los Aquivos,
sus vidas defendiendo y pabellones
y sus bajeles, desde el alto muro
muchas piedras lanzaban con la mano.
Como en la tierra caen de la nieve
los copos que en espeso remolino,
agitando los pardos nubarrones,
derramar suele embravecido viento;
así entonces volaban por el aire
los dardos, y las picas, y las piedras,
que sin cesar Aquivos y Troyanos
con la mano arrojaban, y los yelmos
y cóncavos broqueles, á los golpes
de las enormes piedras resonaban
en ronco estruendo pavoroso. Y Asio
suspiros exhalaba, y furibundo
el muslo golpeándose, al supremo
Jove decía en iracundas voces:

«¡Padre Jove! ¡también tú nos engañas!
»Creía yo que las falanges griegas
»resistir no podrían al embate
»de nuestro brazo; mas ya veo
»que estos dos combatientes, cual si fueran,
»ó pintadas avispas, ó tenaces
»abejas que en hueco de una encina
»cerca de los caminos pedregosos
»el nido han fabricado y ostinadas
»no su albergue abandonan, y resisten
»al cazador y por su tierna prole
»animosas combaten, de la puerta
»retirarse no quieren, aunque solos,
»hasta que los dos sean de la vida
»ó de la dulce libertad privados.»

Dijo, mas no inclinó con su plegaria
el corazón de Jove, que este día

á Héctor el alto honor de que el primero
dentro del fuerte muro penetrase
quería dar. Hacia las otras puertas
entonces ya, con ostinado empeño,
los demás escuadrones peleaban
de los Troyanos; pero muy difícil
á mí, simple mortal, sus altos hechos
enumerar sería. Solamente
diré que en torno á la muralla toda
con insano furor se peleaba;
y aunque tristes los Griegos sus bajeles
con valor defendían, obligados
de la necesidad, y que los Dioses,
cuantos á los Aqueos amparaban,
entristecido el corazón tenían.

Trabaron ya de cerca los dos Griegos
el reñido combate, y el ardidó
Pelipétes á Dámaso su lanza
por medio de la fuerte carrillera
del morrion clavó, sin que pudiese
al golpe resistir el duro bronce;
que pasando por él la firme punta
el hueso penetró de la cabeza
y el cerebro inundado fué de sangre,
y el valiente adalid cayó en el polvo
cuando más animoso peleaba.
Quitó también la vida Polipétes
á Ormeno y á Pilon; y Leontio,
rayo de Marte, con su larga pica
cerca del ceñidor logrando herirle,
á Hipómaco mató, que era nacido
de Antímaco. Y despues, la cortadora,
espada desnudando y por la turba
furioso arremetiendo, desde cerca
á Antífates hirió, y el infelice
quedó de espaldas en el polvo hundido,
y también á Menon, Yámeno, Orestes,
uno en pos de otro, derribó en la arena.
en tanto que los Griegos campeones
á los muertos quitaban la armadura,
Polidamante y Héctor conducían
la numerosa escuadra de robustos
jóvenes que animosos deseaban
romper el muro, y con ardiente fuego
las navas incendia. Y detenidos
á la orilla del foso, vacilaban
sobre pasarle ó no; que cuando alegres
y llenos de valor se disponían
á atravesarle, el águila de Jove
vieron bajar de la región etérea,

el escuadron por la siniestra mano
cortando en dos mitades. Y en las garras
un enorme dragon en sangre tinto
por los aires llevaba palpitando
y vivo aún, y en su dolor la sierpe
no se olvidaba del valor antiguo;
que enroscándose, al águila en el pecho
cerca del cuello hirió. Y enfurecida
en su dolor, el ave de las uñas
la culebra soltó, que entre la escuadra
vino á caer; y á la región del éter,
dando agudos chillidos lastimosos,
el águila voló. Cuando los Teucros
junto á sus piés la ensangrentada sierpe
vieron caer y que del padre Jove
el agüero venía, horrorizados
retrocedieron. Acercóse á Héctor
Polidamante, y animoso dijo:

«¡Héctor! yo sé que desabrido á veces
»tú conmigo te muestras en las juntas,
»aunque útiles dictámenes proponga;
»mas justo no será que un ciudadano,
»ni durante la paz en el Consejo,
»ni al dar su parecer en las batallas,
»haga traición á la verdad, y siempre
»hable para aumentar tu poderío.
»Así, otra vez anunciaré este día
»lo que entiendo será más acertado.
»No ya con los Aquivos en sus naves
»queramos combatir; que la fortuna
»contraria nos será, si ese prodigio
»que acabamos de ver cuando valientes
»íbamos á pasar el ancho foso
»es verdadero, aunque fatal, anuncio
»de la suerte que espera á los Troyanos.
»El águila que ahora en raudo vuelo
»vimos bajar de la región etérea
»el escuadron por la siniestra mano
»cortando en dos mitades, y en las garras
»un enorme dragon teñido en sangre
»tenía vivo aún, y de repente
»le soltó sin llegar al dulce nido
»ni dar á sus hijuelos la comida
»que cuidosa llevaba, nos anuncia
»que cuando á fuerza de valor nosotros
»consigamos romper la firme puerta
»y derribar el muro de los Griegos,
»y ellos, acobardados, se retiren,
»no en formado escuadron desde las naves
»por el mismo camino volveremos,

»y atrás abandonados muchos hijos
»dejaremos de Troya que los Dánaos
»habrán muerto en defensa de sus naves.
»Y que esto anuncia el águila que vimos
»lo dirá todo augur que los agüeros
»sepa explicar, y á quien el pueblo crea.»

Con torva faz habiéndole mirado,
Héctor le respondió: «¡Polidamente!
»tu segundo consejo no me agrada,
»y bien conoces tú que otro pudieras
»darnos mejor. Pero si ciertamente
»es esa tu opinion, sin duda, airadas,
»de la antigua prudencia te privaron
»ya las Deidades. ¿Que olvidemos quieres
»las promesas de Jove, que benigno
»me otorgó la victoria, y con segura
»señal su voluntad me ha declarado,
»y que al volar incierto de las aves
»crédito demos tímidos? Yo nunca
»me curo de observar, ni lo respeto,
»si á la derecha vuelan donde tiene
»sus palacios la aurora y donde nace
»el sol, ó hacia la izquierda, donde habitan
»las sombras de la noche. Así, Troyanos,
»en la firme promesa confiemos
»de Júpiter, que impera poderoso
»sobre los inmortales y los hombres.
»Un solo agüero la verdad anuncia,
»y es el que dice: *Defended la patria*.
»Pero tú, ¿por qué temes al combate
»y la batalla? Cuando cierto fuera
»que todos los demás en los navíos
»debiéramos morir de los Aqueos,
»no temas perecer; nunca tuviste
»valiente corazón que al enemigo
»esforzado resistas, y belicoso
»tú no has nacido. Pero si este día
»te alejas del combate, ó á los otros
»seduces con tu voz, y la pelea
»abandonar les haces, yo te juro
»que con mi alma atravesado el pecho,
»aquí tú pronto perderás la vida.»

Héctor así le dijo, y adelante
el primero marchó, y la escuadra toda
con ruidosa algazara le seguía.
Y de Jove á la voz omnipotente,
en los montes del Ida impetuoso
torbellino se alzó de rauco viento
y llevó de los Griegos á las naves
remolinos de polvo, y su pujanza